

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



LAS MADRES
ENEMIGAS

Título Original: *Les mères ennemies*.

Edición original: Dentu et C^a editores. París. 1887

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para

<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

Primera parte

MIKALINA

LIBRO PRIMERO

LA PATRIA, LA ESPOSA, EL HIJO

I

Un hombre huía, desgarrando su piel con las cortezas de los árboles y abofeteado por las ramas. La espesura de la vegetación se iluminaba tras él con bruscos movimientos de rojos destellos entre el follaje. ¿Estaba amaneciendo al este del bosque? ¿o bien el sol descendía en el horizonte, a lo lejos, más allá de los negros árboles? No, una noche de nubes caía sobre las llanuras boscosas de la región de Cracovia; esos fulgores eran debidos al incendio, siniestro poniente de las batallas.

El fugitivo se detuvo. Había percibido entre los pinos una casa de cazador, reconocible por los colmillos de jabalí y los hocicos de bisonte que coronaban la entrada.

Gritó:

–¿Alguien duerme?

Un joven criado entreabrió la puerta.

–¿Quién eres?

–¡Que Jesucristo sea alabado!

–Por los siglos de los siglos. ¿Qué quieres?

–Hospitalidad.

–¿De dónde vienes?

–He combatido durante catorce horas.

–¿Cuál es tu nombre?

–Tengo hambre.

–¿De qué país eres?

–Tengo sed.

–¿Cuál es tu religión?

–Estoy herido.

–¡Sigue tu camino, vagabundo!

Pero una ventana se abrió encima de ellos; la blancura de una larga barba se destacó en las tinieblas bajo una lámpara que con temblorosos reflejos, levantaba una vieja mano pálida.

–¡Qué entre!

–Excelencia, se lucha en torno a Czenstochowa, a orillas del Varta, por todas partes; este hombre que huye debe ser un ruso.

–¿No has reconocido la boina blanca de los confederados de Bar? Haz entrar a ese hombre y apuntala bien la puerta tras él.

–Gracias, señor –dijo el fugitivo.

Cuando se sentó a la mesa en la planta baja, ante una escudilla de grano negro, se quitó la boina.

No tenía la cabeza rapada según la costumbre de los camaradas de Pulawski; sus cabellos ondulaban recogidos hacia atrás.

Era un hombre de unos treinta años, con cara flaca, finos bigotes, con ojos de gavián redondos y claros y la boca sonriente y de aspecto bondadoso.

Una herida en el cuello dejaba salir un chorro rojo sobre la piel del pecho visible entre los desgarros de una vieja guerrera grisácea. En la cintura tenía la mitad de una hoja mellada de sable, donde se veía sangre.

El viejo, levantando los brazos fueras de las mangas dobladas de su pelliza de piel de oso marrón, dijo:

–Todo espíritu alaba al Señor – dijo.

–Yo lo alaba igualmente, –dijo el otro.

El anciano prosiguió:

–Me llamo Jean Rewiński. Soy propietario del castillo de Mikalina, en Lituania, y, como tal, tengo voz y voto en el Senado de la República. Me he refugiado en esta casa, lejos de mi castillo, con mi hija Élisabeth Boleska, casada con el conde Boleski, propietario del castillo de Pruzani, y aquí permanezco sin más sirvientes que un joven criado, pues los rusos de Suwarof han dispersado a mis siervos, tras haberme expulsado de mi hacienda. Dime tu nombre, hermano.

–¿Ha muerto tu yerno en una batalla?

–Mi yerno no está muerto.

–¿Entonces todavía combate por la independencia de su país?

–No combate. Está ausente. No hablemos de él. Dime tu nombre.

–¿Mi nombre?

–Puedes callarlo. Eres un confederado; eso es suficiente. ¿Dormirás en mi casa?

–Después de que haya recuperado fuerzas comiendo y bebiendo, continuaré mi camino.

–¿Quieres que mi hija venda tu herida?

–He cubierto la yaga con hierbas; las plantas que crecen en nuestros bosques curan rápido las heridas de los polacos.

–Bien dicho. Come y bebe.

El anfitrión había llenado dos vasos; tomó uno y lo levantó.

–¡Amémonos! – dijo como se decía antaño en los fraternales festines de Polonia.

–¡Amémonos! –respondió el otro.

–Y malditos sean los rusos.

–Y malditos sean los rusos.

El viejo noble continuó, mientras su huésped comía y bebía:

–¿Así que Pulawski ha perdido la batalla?

–La ha perdido.

–Yo estaba aquí solo, sin noticias fiables, no oyendo más que el tronar de los cañones. Tú que has combatido, háblame de la batalla.

–Nos comportamos con valentía. Sin pan, sin agua, casi sin armas, defendimos durante cinco meses los fosos, las murallas y las puertas del monasterio de Czenstochowa.

–¿Dónde los santos religiosos conservan una imagen de la Virgen Rena, pintada por el mismísimo san Luc. ¡Qué ella nos proteja!

–¡Así sea! La mayoría de los confederados, por falta de vestuario, montaban guardia en camisa; después de los días de asalto podían vestirse con los uniformes rusos, pero no nos eran de mucha utilidad porque los habíamos agujereado completamente con nuestras balas.

–¿Habéis realizado escaramuzas?

–La nieve, alrededor del monte Jasnagora, está repleta de sepulturas. Finalmente Pulawski decidió arriesgarse a un esfuerzo supremo. «Pasaremos a través de las líneas enemigas o moriremos,» dijo.

–¿Cuántos patriotas erais?

–Doscientos.

–¿Contra cuántos rusos?

–Contra tres mil.

–¡Benditos seáis, hijos míos!

–Bendices cadáveres. Muy pocos polacos han podido encontrar una salida entre el ejército moscovita.

–¿Y el más venerable de los lugares de oración y mortificación, el monasterio de Czenstochowa está ahora ardiendo?

–He huido para no verlo en cenizas.

Se callaron y bajaron la mirada. El viejo caballero en voz baja musitaba una plegaria.

Levantó la cabeza.

–¡No importa! La República vivirá libre o morirá. Un antiguo proverbio nos enseña que no es posible doblegar el cuello recto de un polaco, ni de enderezar su sable curvado, sin romper el uno y el otro.

–Mi sable está roto,– respondió el soldado amargamente.

–Que Nuestra Señora proteja a Polonia. ¿Se sabe lo que hace el rey Stanislaw?

–¡El rey Stanislaw hace lo que hacen los cobardes! Obedece a los más fuertes. Favorito de la zarina y verdugo de Polonia, ese bellaco quien, por haberse acostado en una cama, ha merecido sentarse en un trono, hace cantar en las iglesias, el día de nuestra derrota, el *Te diabolium laudamus*.

– El Turco había prometido ayudarnos.

–Ofrece hombres a cien monedas de oro por individuo, ¡hombres sin sangre en las venas! Resulta demasiado caro. No se paga el agua al precio de la sangre.

–El ejército prusiano está en nuestras fronteras. ¿Qué piensa Federico II?

–¿Qué piensa el cuervo cuando, inclinado sobre su rama encima de un moribundo, acecha su agonía?

–Que Austria nos proteja.

–Prusia es el cuervo y Austria la corneja.

–Francia nos ha ayudado; nos ayudara.

–¡Nos ha ayudado, sí! He visto llegar a los jóvenes franceses y les he visto morir por la libertad de mi patria, ellos riendo, yo llorando!... Por desgracia Francia ya no vendrá. París pertenece al amante de una muchacha, como Varsovia al chulo de una prostituta. ¿Por qué madame Dubarry se opondría a la voluntad de Catalina? Esas dos prostitutas están hechas para entenderse. Pero Polonia es una virgen.

–¡Pues bien! venceremos solos. ¡La victoria es posible mientras Pulawski esté vivo! Vencerá a los rusos como en Brzesc; logrará burlarlos como en Okopé. Es invencible o inalcanzable. ¡Mientras se pueda respirar el aire libre de nuestros bosques, habrá un patriota emboscado con el sable en la mano detrás de cada arbusto!

–Pulawski no puede hacer nada por nosotros.

–¿Qué has dicho?

–Cuando un árbol ha caído, incluso la cabra salta por encima. Señor, Pulawski ha muerto.

–¡No!

–Señor, Pulawski ha muerto.

–¡No!

–Yo lo vi caer, herido en el corazón, esta mañana en el fragor del combate.

–¡No! ¡Además, aunque fuese sepultado, resucitaría evocado por sus hermanos! ¿Acaso sería la primera vez que saliese de la tumba? Hace una año se le creía muerto, cuando de repente entró en Cracovia, rechazando a los rusos, y se vio su penacho en lo alto de la fortaleza, ¡ondear y palpitar como las alas de nuestra águila blanca!

–¿Conoces a Pulawski, anciano?

–No lo conozco.

–Morirás sin haberlo visto, pues ya no existe, te lo digo yo.

–¡Él es el jefe milagroso, el héroe necesario! No puede abandonar a Polonia puesto que es su propia alma.

–Los cadáveres no tienen alma.

–¡Cómo, soldado! ¿desesperas?

–¿Del futuro? no, sino del presente. Para muchos días o para mucho años, la República está vencida. Y, ¿quién sabe? tal vez haya merecido esa suerte.

–¡Hijo, tú blasfemas!

El confederado, bajando la cabeza, tomó su mentón en la mano, cerró los ojos y lentamente añadió, como hablando para sí:

–Sí, tal vez Polonia sea culpable, en efecto. El Sr. de Choizy, ese francés que enrojeció con su sangre nuestra tierra, decía un día: «Hermanos polacos, sois buenos y valientes, tenéis el alma ardiente para el bien y el sable dispuesto para los combates justes. Podríais expulsar a Rusia, que no es vuestro peor enemigo. Hay dos obstáculos más poderosos para la independencia de vuestra patria: el sacerdote y el campesino. Cualquiera que se curve demasiado, aunque fuese ante el altar, pierde el hábito de levantar la frente, y vosotros no sois libres porque tenéis esclavos. El sacerdote os abrumba desde lo alto; el campesino os retiene por abajo; tenéis la Iglesia por presidio y la servidumbre por grillete.» Ese francés decía eso, lo recuerdo bien...

Cuando el soldado volvió a abrir los ojos levantando su frente sumida en sus pensamientos, vio a Jean Rewiński, noble de Mikalina, muy curvado; la larga barba del aristócrata tocaba las losas de la sala.

–¿Qué hace, mi anfitrión?

–¡Saludo al vencedor de Brzecz! Es cierto que nunca había visto a Pulawski; pero sé que se le llama Pulawski el de la mano larga, porque su derecha, a fuerza de manejar el sable, es más musculosa y dos pulgadas más larga que la de los demás hombres. ¡Qué el gran militar sea bienvenido a mi casa!

Casimir Pulawski respondió:

–Está bien. Me has reconocido. Lo lamento. Si se supiese que me has dado cobijo no podrías negarlo, y tu casa sería saqueada como lo ha sido tu castillo. Ahora te agradezco tu pan y tu vino. Adiós, hermano, debo irme.

–No te retendré, no te preguntaré a donde vas. Tus proyectos deben permanecer en secreto; pues es la salvación de la patria lo que se agita en tu pecho. Tan solo solicito de ti un favor, Pulawski.

–Habla.

El viejo salió de la sala.

Regresó pronto, llevando de la mano a una joven mujer que estaba en cinta y cuyo parto parecía próximo.

–Pulawski, ésta es mi hija. Es la esposa del conde André Boleski, se llama Élisabeth Boleska. Jefe de hombres bravos, puesto que he sido tu anfitrión, bendice el fruto de sus entrañas, consagrando a la patria al hijo de mi hija.

Pulawski murmuró:

–¡Oh, Polonia, eres eterna!

Luego dijo en voz alta:

–Mujer, si das a luz una hija, que envíe al combate a su marido y a su primogénito; ¡pero si tienes un hijo que combata él mismo y que muera por su país!

El héroe vencido salió rápidamente de la sala y continuó huyendo entre las tinieblas del bosque.

II

Cuando la guerra acabó, la condesa Élisabeth Boleska regresó al castillo de Mikalina, antigua residencia señorial, maciza y con una única torre, en el bosque de Lituania donde son frecuentes los osos negros.

Nacido el pequeño y muerto el abuelo, el marido no había dejado de estar ausente: Élisabeth Boleska vivió en soledad viendo crecer a su hijo.

Pero la dolorosa esposa no exponía su alma a las curiosidades banales. Si alguien le preguntaba: « ¿Estás triste, Élisabeth Boleska? » Ella respondía: « Lo estoy por la patria. »

La última derrota de Pulawski había entregado la República a la codiciosa rapiña de la zarina, del emperador y del rey. Esas tres malditas hienas, Rusia, Austria y Prusia, habían descuartizado a la sangrienta ajusticiada: ella era lo que fue antaño, más o menos como un tronco es un hombre. Y la voluntad del cobarde Stanislao, tanto o más pesada de lo que estaba ella misma oprimida, reinaba sobre Polonia y bajo Rusia, como un porteador sobrecargado pisotearía los restos de un cadáver.

Entonces no se veían en las ciudades polacas más que trajes de luto; los sacerdotes celebraban en las iglesias dos aniversarios de la crucifixión: el del día en el que murió Cristo y el del día en el que Polonia suplicó como su Dios: «¡Señor, ten piedad de mí! »

Así pues, en los campos o en los bosques, eran a menudo las viudas y los huérfanos quienes sembraban la tierra o talaban los árboles, pues muchos maridos y padres habían muerto bajo las balas rusas; era difícil realizar la siega porque las guadañas de los campesinos se habían mellado combatiendo.

En las dependencias de los palacios y los castillos, los nobles todavía se reunían para comer y beber tras largas cacerías; aún podía oírse el entrecacho de sables de disputas adivinadas; pero las alegrías y los enfados de los aristócratas habían perdido la soberbia fogosidad de antaño, pues los corazones estaban tristes, y a menudo los festines acababan en silenciosas borracheras.

El castillo de Mikalina mantenía sus puertas cerradas debido a la ausencia de amo.

Tan solo, su capilla, engalanada como una iglesia de ciudad y completamente iluminada por cirios, se abría a los peregrinos y a los viajeros miserables o ricos, a cualquiera que quisiera rogar a Dios por la patria; después de la misa, el padre Dominique distribuía entre los pobres las limosnas de la señora del castillo.

III

En una ocasión, la capilla dedicada a san Bobola, estaba llena porque era el quinto aniversario del día en el que los camaradas de Pulawski sucumbieron defendiendo Czenstochowa.

Los nobles de los dominios, oficiales, palafreneros, espadachines, lanceros, vestidos con modestas prendas o carmesíes y zamarras con galones, se arremolinaban ante el

altar, como conviene a personas que han nacido a mitad de camino del paraíso; al movimiento de las señales de la cruz correspondía un ruido de sables sobre las piedras.

En los ventanales de las arcadas laterales, bajo un desorden de tricornios grisáceos, se erigían las cabezas de los siervos, extasiadas en la humildad de su fe.

Atravesados por el sol, los vitrales proyectaban sobre la asamblea los colores de sus decorados; un reflejo era especialmente desmesurado, el de san Vicente de Paul pintado sobre el vitral del ábside; se hubiese dicho que el buen santo quisiera transportar en un paño de su manto azul a todos los huérfanos de la patria.

Pero los judíos habían quedado en el patio del castillo. De pie, con las cabezas cubiertas, practicaban sus devociones bajo el techo de un establo de cerdos, en el que habían hecho una sinagoga.

Cuando todos hubieron rezado, Élisabeth Boleska fue la primera en levantarse y salió de la capilla, llevando a su hijo de la mano.

La madre y el hijo estaban vestidos de blanco, pues el blanco en algunos distritos de Polonia, era el color del duelo; en los países del norte nada parece más desolador que la nieve.

Subieron la larga escalera del castillo y todos los seguían, los nobles, los campesinos y los judíos.

Cuando llegó a la segunda terraza, se volvió, alta, pálida, con ojos tristes, más serena que bella, más orgullosa que dulce, – dominando a toda la multitud escalonada sobre los peldaños.

Con un gesto que ordena detenerse y callarse, dijo:

–Respetables caballeros, amigos y servidores, en nombre del conde André Boleski, mi marido, que está ausente, y del conde Étienne Boleski, mi hijo, que es aún un niño, os agradezco haber elegido la capilla de su castillo para celebrar el ilustre día de desamparo en el que los mejores de los nuestros, tras haber combatido desde el alba, cayeron al anochecer, con la fortuna de Polonia. Tened presente que si vuestro señor y el mío estuviese entre nosotros, no marcharíais sin haberos sentado en nuestra hospitalaria mesa, ni sin haber bebido ampliamente por nuestra antigua gloria, alcanzada por nuestros antepasados y que nuestros hijos volverán a recuperar.

Hablando de ese modo, extendía las manos hacia la frente de su hijo, que, aunque muy pequeño, ya llevaba con su nacimiento y rango, el águila blanca de Polonia sobre una cinta azul que atravesaba el pecho desde el hombro izquierdo a la cadera derecha.

Ella acabó:

–Pero la solitaria esposa debe despediros en el umbral de la casa que habéis honrado.

Sin embargo los que la rodeaban no retrocedieron ni un ápice; uno de ellos, al contrario, dio un paso hacia delante.

Era viejo y fuerte, con una larga cicatriz de sable que le recorría desde la sien a la mejilla.

Era el estaroste¹ Kilinski. Había sido uno de los primeros en firmar el acta de la confederación de Bar; había sido el último en renunciar a una lucha imposible. Aunque fuese el jefe de una capitania, por título, se había hecho vasallo del conde André Boleski; pero él mismo poseía muchos castillos, tierras y siervos. Su opinión era muy tenida en cuenta por su piedad, su valentía y su riqueza; los más audaces no se atrevían ni a discutir ni a beber en exceso cuando ese hombre estaba presente. Se adelantó y dijo:

–Habéis hablado bien, señora Élisabeth. Pero no nos iremos antes de que escuchéis nuestra queja.

–¿Vuestra queja? – dijo ello asombrada.

¹ Especie de gobernador en un distrito en el régimen monárquico polaco. (N. del T.)

El estaroste señaló a un hombre a su derecha, vestido con un vellón negro de oveja; era fornido con aspecto triste y una guadaña sobre el hombro.

–Éste es un siervo; representa en este lugar a los dos mil trabajadores de vuestros campos y a los ochocientos leñadores de vuestros bosques.

–Saludo a mis campesinos, – dijo ella.

El estaroste señaló a un hombre a su izquierda, con un largo chaleco negro, enclenque, ajado, con la cara pálida con una nariz curvada como el pico de un buitre.

–Este es un judío, un rabino; viene enviado aquí por los numerosos judíos que mercadean en vuestros barrios y en vuestros pueblos.

– Pido al Señor misericordia para los judíos de mis propiedades, – dijo ella.

El estaroste continuó:

– En cuanto a mí, os habla en nombre de todos los nobles de este distrito. Vos me conocéis. No cedo en nobleza ni en opulencia a ningún magnate de la Corona o de Lituania. Sin embargo he prometido ser, el día en el que la República, que fue libre, vuelva a serlo, aliado de vuestro marido y el servidor de su fortuna. ¿Por qué lo he prometido? Sabedlo. La liberación de nuestra tierra no será obra de un día; la tarea debe ser confiada a familias en las que se continuará de hombre en hombre, del mismo modo que se transmite la herencia; ahora bien, el cielo que os ha enviado un hijo no me ha dado más que una hija; es por lo que me he sometido a un padre más afortunado.

–Sabemos eso, señor estaroste, – dijo Élisabeth Boleska – sabemos además que Heliona, vuestra hija, crece para ser la esposa de nuestro hijo Étienne. ¡Qué Nuestra Señora los proteja!

–¡Qué la imploren y que ella los escuche! Aquí estamos, yo, este campesino y este judío; y esto es lo que tenemos que deciros.

Se produjo un gran silencio. Toda la multitud dispersa sobre la escalera señorial se agrupaba hacia la dueña del castillo, de pie, que tenía tomado a su hijo por la mano.

En ese momento un águila atravesó el espacio volando hacia el oriente; bañadas de luz, sus alas parecían blancas; pero, más allá, bajo una nube, se ensombrecieron y hubiese dado la impresión de ser un águila negra huyendo hacia Rusia.

Élisabeth vio esa águila cambiando de color y se estremeció.

El viejo noble dijo:

–A aquellos que son los servidores de vuestro marido y a los nobles que somos sus cortesanos o sus amigos, nos ha invadido la misma sospecha: pensamos que nuestro señor, el conde André Boleski, hijo de las tierras de Grodno, señor del castillo de Pruzani por su padre y del de Mikalina por el vuestro, es un traidor.

Esa palabra retumbó siniestramente en los coros como un toque de clarín que toca a retirada.

Pero Élisabeth Boleska, sacudida por la ofensa, dijo:

–¡Maldito sea aquél en el que ha nacido tal sospecha! ¡Maldigo al que pronunció esa palabra! Pongo por testigo a la Virgen Madre, santa reina de Polonia...

–Comprendemos vuestra cólera, señora Élisabeth Boleska, y no estamos ofendidos, – interrumpió el portavoz; – pero calmaos y responded. ¿Por qué el conde Boleski no ha firmado el acta de la confederación de Bar?

–El ha sido engañado por las fingidas promesas del rey Stanislao.

–¿Por qué no ha combatido con los nuestros?

–Estaba prisionero en Varsovia.

–¿Por qué una vez libre después de nuestra derrota, no asistió a ninguna de las reuniones secretas que mantuvimos en este distrito?

–¡La rebelión de este distrito no hubiese desembocado más que en la masacre de los levantados! No podemos hacer nada sin la ayuda de toda la República.

–¿Por qué no ha establecido alianzas con los nobles de los demás palatinados?

–Debió hacerlo.

–Abandonó a la Gran Polonia y no ha venido a Lituania.

–Mediante cartas.

–No escribió.

–¿Quién os lo ha dicho?

–Los mismos a los que tendría que haber escrito.

–Es que no cree llegada la hora de un levantamiento general.

–Mientras espera podría vivir entre nosotros. ¿Desde cuando el gran señor de Mikalina no caza ya con sus amigos la garza de los pantanos, o los lobos, los ciervos y los osos de la Selva negra, y no le gusta beber hasta la madrugada en los grandes festines fraternales?

–Ha vivido en el extranjero por el servicio de nuestra causa. En Francia al principio.

–Durante seis meses.

–En Inglaterra.

–Algunas semanas.

–En Austria. Y ahora.

–¡Ahora, está en Rusia! Y vos bien lo sabéis. ¡Vos, a quién abandona y olvida al mismo tiempo que a su país!

Élisabeth Boleska dio un respingo a esta frase, y con los brazos elevados al cielo, magníficamente altiva:

–¡Por la madre del Redentor! ¡creo que os atrevéis a compadecerme! Insultar hasta ese punto, en el umbral de su propia casa, vosotros – dijo, dirigiéndose a los servidores, – a aquél con el que siempre habéis comido el pan; vosotros, – dijo dirigiéndose a los nobles – a aquél cuya hospitalidad habéis bendecido cien veces! Pero recordad pues, ingratos, que hombre fue el conde André Boleski! ¿Cuál de entre vosotros, campesinos, le ha pedido una moratoria de impuestos que él no haya concedido? ¿Por quién de entre vosotros, nobles, se negó a tocar sus ahorros? ¡En él afloraba la generosidad de los antiguos terratenientes, y reconoceréis en él su valor cuando se levante la aurora de la nueva guerra!

El estaroste dijo:

–Si no ha cambiado, que regrese.

–El volverá.

–¿Cuándo?

–Dentro de un mes.

–¿Estáis segura?

–¡Lo afirmo!

–¿Estáis dispuesta a jurarlo sobre la cabeza de vuestro hijo?

–¡Lo juro sobre la cabeza de mi hijo Étienne Boleski! y que este niño muera si antes de un mes él no ha abrazado a su padre.

Todos bajaron la cabeza y creyeron lo que ella decía, pues es sabido que una mujer no sacrifica al azar la cabeza de aquél al que ha amamantado.

Entonces el estaroste dijo:

–Eso nos basta, señora. La ausencia de vuestro marido constituía el mayor motivo de nuestras sospechas. Cuando regrese nos veréis llenos de respeto por el amo y enojecer por nuestras dudas implorándole perdón.

–Ese día, – dijo Élisabeth Boleska con un gesto de despedida, – ese día hermanos míos, yo intercederé por vosotros.

Nobles, campesinos y judíos con la cabeza curvada ante esta brava esposa, descendieron retrocediendo los escalones de la amplia escalera.

De regreso al patio, los nobles, a excepción de los cortesanos domésticos que vivían en Mikalina por sus trabajos, montaron a horcajadas sobre sus caballos con telas

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

